

La epopeya de la clausura ¿El Cristo de la modernidad?, II y último

Christopher Domínguez Michael

Como nos recuerda Marcel Raymond en *De Baudelaire al surrealismo* (1933), la comprensión de Arthur Rimbaud tuvo que pasar por su leyenda. Durante los primeros quince años del siglo, el prestigio del poeta de las *Iluminaciones* radicaba en su presencia precoz entre una estirpe de malditos que comenzaba con Baudelaire y Lautréamont y llegaba hasta poetas menores y truculentos como Jean Richepin.

Poco tiempo después tendría lugar el rapto de Rimbaud por el surrealismo. Su imagen pública llevará la frase bretoniana como permanente estigma: *cambiar la vida*. El rostro inocente de Rimbaud se convierte en grafito sobre muros y subterráneos de las ciudades modernas. Por ello, el exorcismo de Jacques Rivière se desplaza sobre el horizonte de la crítica: mueve al poeta de la fijación a la que lo someten magia negra y magia blanca. Ni príncipe de las tinieblas ni estampa del nuevo amor.

Este *Rimbaud*, aparecido originalmente en la *NRF* en 1914, comienza escandalizándonos. Las primeras líneas desconciertan e irritan. A estas alturas del siglo XX, el beato Rimbaud es intocable, es el mito por excelencia de la modernidad literaria; es, justamente, *el* moderno. ¿Quién es Rivière para someterlo a una requisitoria moral, a un linchamiento ético? Y más aún, ¿cuál es la utilidad de semejante condenación? Pues Rivière no ha dejado adjetivo sin usar contra Rimbaud, resumen de la maldad y la bajeza. Pero no pasarán muchas líneas antes de descubrir que el exorcista no hace sino excitar a su criatura, estimulando una rabia que consiga mostrarlo como poseso de todo demonio. “Rimbaud”, nos dice, “se halla constantemente en estado de ofen-

sa. ¡Tanto peor para nosotros, si nos hallamos en paz! Somos sus enemigos aunque no lo queramos”.¹

Rivière explora la lengua del poeta, descifra cada balbuceo del condenado, interpreta sus berridos, los repite. En cada estrofa rimbaudiana encuentra deseo de venganza. “Brújula enloquecida”, lo llama. Descarta con vehemencia al héroe de los jóvenes rebeldes y considera anodina e insultante a la identificación del poeta con la bohemia. Y lanza su primer veredicto: “Advertimos ahora cuál es la verdadera esencia del odio de Rimbaud. Es una rebelión, no de orden social, sino de orden metafísico”.²

Lo que Rivière entiende por “rebelión metafísica” no tiene nada que ver con la que, por ejemplo, encuentra Albert Camus entre los revolucionarios rusos. Rivière no está pensando en filosofía sino en lengua y humores del cuerpo:

La cólera de Rimbaud es una intolerancia, en el sentido médico del vocablo. No puede “retener” nada; todo su organismo está a la defensiva, en un estado de malestar y de rechazo primitivo, fundamental, permanente. Se sofoca, da vueltas y revueltas indefinidamente; en vano, siempre. Sus continuas fugas son los sobresaltos de su intolerancia metafísica. Los lugares en los que se encuentra tienen para él algo de ardiente, los sitios que ocupa lo echan, como si tuvieran manos; no necesita, para no poder permanecer en una ubicación determinada, de la maldad de los hombres; el solo hecho de estar situado en alguna parte, la simple estadía, son, en sí mis-

mos, lo bastante espantosos como para obligarlo a huir.³

La intolerancia de Rimbaud viene, paradójicamente, de la bondad. El pequeño Arthur es el niño aplicado de la clase, la virgen antes de la necesidad. En este punto, Rivière piensa lo mismo que Bachelard del conde de Lautréamont: uno y otro han sido pervertidos en los salones de clase, un infierno donde puede localizarse mucho de la etiología de los dramas de la cultura moderna. Rivière exige el estatuto de la virginidad para su bestia:

El alma en todo caso que vivía en ese cuerpo era virgen [...] El alma de Rimbaud es un alma que no ha sufrido la humillación del abrazo carnal, que no está entorpecida, trabada por ningún recuerdo vergonzoso: fuerte de todas sus fuerzas, violenta, injuriosa, agresiva.⁴

Para Rivière, el poeta no ha pecado. Se apoya en la licencia que el propio Rimbaud le concede en sus versos:

¡Apreciemos sin vértigo la extensión de mi inocencia!

pues

Nunca he hecho mal. Los días me serán ligeros. Seré dispensado por el aburrimiento.

Rimbaud, el salvaje, dice Rivière:

ha sido construido para seguir siendo niño a través de la vida; un niño con su corazón

¹ Jacques Rivière, *Rimbaud, op.cit.*, p. 23.

² *Ibidem*, p. 27.

³ *Ibidem*, pp. 28-29.

⁴ *Ibidem*, p. 36.

intacto y maligno, con su corazón, con su inocencia y su tiranía. Se puede decir casi sin metáfora: Rimbaud es el ser exento del pecado original. Dios lo dejó escapar de sus manos sin haberlo doblegado, falseado, herido, sin haberlo preparado mediante las necesarias mutaciones para la vida terrestre; olvidó quitarle alguna cosa del alma. Rimbaud vino entero, perfecto, es decir, hecho completamente, de todos lados, de todas las fases; perfecto, no en el orden del bien, sino en el del ser. El ángel prevalece sobre el hombre por otra cosa que la pureza y la sabiduría: contiene una dosis más fuerte de realidad, una cantidad mayor de existencia. A este respecto, Rimbaud es un ángel. Un ángel furioso. No ha sido tocado, conserva intacta la semejanza de Dios, retiene todo el esfuerzo que Dios ha puesto en él.⁵

La operación de Rivière es tan dramática como perfecta. Si el poeta de *Una temporada en el infierno* no ha pecado, el crítico paga con él sus pecados de occidental, de católico. Anterior al pecado original, el poeta escenifica el drama metódico de la otredad que fascina recurrentemente a Europa. Ganando a Rimbaud para su racionalismo católico, Rivière revierte peligrosamente las condiciones de su apuesta. Si Rimbaud estaba afuera, como bárbaro, ahora está dentro de nosotros, como un niño mutilado.

A Rivière no le ha bastado con tomar a Rimbaud entre sus brazos. Al mecerlo, lo disecciona, lo interroga como poeta:

En el fondo, lo que dice Rimbaud no tiene sentido; quiero decir, no tiene sentido para nosotros. Su objetivo es próximo, inmediato, egoísta. Al escribir, trabajó sólo en desbarazarse de su inocencia, que le ahoga, que está comprimida en su interior por la imperfección del mundo, que presiona contra las paredes de su alma.⁶

La maldad de Rimbaud es infantil. Al exorcizarlo, lo libramos de toda conciencia de mal y, más aún, de toda conciencia en general. El Rimbaud que el crítico quiere para sí es incontinente y su visión del mundo tan natural como la defecación de

un niño. Siendo así, a Rivière no le sorprenden las imágenes pavorosas de su obra. Rimbaud es un santo cochino.

El exorcismo no produce necesariamente la conversión. La bestia no puede ser educada y menos ahora que ha cobrado la condición de ángel imbécil:

Pagano, es anterior a la redención; es decir, anterior aún al pecado. Quiere decir que no ha sufrido esa degradación que empleamos nuestra vida en reparar. El abismo entre Rimbaud y nosotros consiste en que él no necesita ser redimido; el bautismo carece para él de sentido; lo ha recibido, es cierto; le ha sido impuesto, sin comprender que para él era un veneno...⁷

El crítico necesita saber una última cosa: ¿dónde está el infierno de Rimbaud? Aquí, dirá, entre nosotros, donde vino a padecer un ser sin pecado:

De un lado están los *frutos del cerebro*, los *libros* en los cuales desemboca el funcionamiento autónomo del espíritu. La literatura es un conjunto de resultados culturales, obtenidos mediante una buena vigilancia de nuestra inteligencia. Para “hacer literatura” basta observar corrección en los pasajes y encadenamientos a los cuales nos inclinamos en forma espontánea, que están como formados de antemano entre nosotros. De ese modo nos elevamos poco a poco hasta una *obra*, que puede ser muy alta. Pero frente a esos trabajos y a esos éxitos, está Rimbaud: autor, creador, poeta, ese hombre existió. Alguien se mantuvo en una gran privación de todas las facultades humanas, y como fuera de la inteligencia. Alguien sufrió por nosotros más allá de nuestras combinaciones y de nuestras labores, y se dio como única misión la de ver. Mediante él, por primera vez, la prisión del espíritu se abrió. Rimbaud se sitúa entre ruinas, en un lugar combatido pero extremo, de donde procede la humanidad con cambios inauditos.⁸

Así que “alguien sufrió por nosotros más allá de nuestras combinaciones y de nuestras labores”, así que “alguien abrió por pri-

mera vez la cárcel del espíritu”: Rimbaud, señores, es Cristo. Sólo Rivière podía conducirnos hacia semejante paráfrasis; sólo un escritor, para quien el universo es divino y textual, podía realizar esa operación de anulación de fronteras, recomponiendo una humanidad literaria y ética cuyo milenio moderno tiene en Rimbaud a su fundador y a su redentor.⁹

Crítico y hombre de fe, Rivière es el autor de un evangelio literario moderno. En su orden racional, el *Rimbaud* es un acta evangélica, donde la literatura opera bajo la forma de la revelación inaugural de un redentor.

Más allá de su desesperación cristiana, Rivière no estaba tan lejos del consenso de nuestra época. Como lo confirmarían los surrealistas, Rimbaud es nuestro padre y lo es por voluntad propia.

Rivière, precozmente, pone término a lo que Julien Gracq ha llamado, no sin escándalo, “el escándalo Rimbaud”. A nadie como Rivière le parece tan natural como a él, el silencio de Rimbaud, a quien considera, tras *Una temporada en el infierno*, “en el límite de su competencia poética, a punto de ser abandonado por el espíritu de visión”.

Dijo Jean Paulhan en el primer aniversario de la muerte de Rimbaud de aquél a quien sucedió al frente de la *NRF*: “Jacques Rivière no ha dejado de preocuparnos; él requiere de nosotros y nos llama”.¹⁰

Fatalidad irresistible de la muerte. Tal pareciese que así como Arthur Rimbaud calla para convertirnos a todos, Jacques Rivière, su evangelista, nos abandona tras haber revelado la misión y la persona de su bestia y virgen. **U**

⁹ La influencia de Claudel sobre la imagen primera que de Rimbaud tuvo Rivière fue considerable. Lo contrario también es cierto: Rivière le dio a Claudel una visión extática de Rimbaud a la que difícilmente éste, uno de los primeros mitógrafos del autor de las *Iluminaciones*, habría llegado por su cuenta. (Véase al respecto: Jacques Rivière, *Rimbaud. Dossier 1905-1925*, edición de Roger Lefèvre, París, 1977). [CDM: Nota de 2010].

¹⁰ Jean Paulhan, “Mort de Jacques Rivière” en *Oeuvres*, IV, edición de O. Oster y J.C. Zylberstein, Cercle du Livre Précieux, Paris, 1969, p. 156.

Segunda parte de la versión corregida del prólogo de Christopher Domínguez Michael a Jacques Rivière, *Rimbaud*, Cuadernos de La Orquesta, México, 1987.

⁵ *Ibidem*, pp. 37-38.

⁶ *Ibidem*, pp. 44-45.

⁷ *Ibidem*, p. 65.

⁸ *Ibidem*, pp. 171-172.